

con los ojos; sin embargo, escuchaban hasta los suspiros más débiles jadear en sus pechos, y los latidos de sus corazones que palpitaban con fuertes y sordos golpes que sentían subir hasta la garganta.

La mano de Ana, bien fuera intencionalmente, bien por casualidad, tropezó con la de Santiago sobre la esquina de la balaustrada, y sus temblorosos dedos se entrelazaron con los de aquél: un vago y comprimido sollozo se escuchó, y al volverse el joven hacia ella la vió pálida, los ojos llenos de lágrimas y los labios agitados por una sensación voluptuosa. Quiso hablarle, disipar su turbación deliciosa y páfida; mas el tiempo le faltó hasta para pronunciar una sola palabra: Ana, desfallecida, indefensa como la flor que troncha y arrastra el huracán furioso, cayó en los brazos de Prévinqüières.

Aquella noche no regresó á Granville.

IV

Cuando Dauziat volvió de París, al llegar á la estación apercibió á su amigo que le aguardaba sobre el andén y que le abrió la puerta del compartimiento. La cara de Santiago le pareció singular al literato, quien al momento le interrogó:

— ¿Todo va á tu gusto? ¿estás bien de salud?

— Sí, respondió Santiago; ¿y tú estás satisfecho?

— Hay de todo, bueno y malo: tendré la distribución que he pedido, menos Champagnol, que el director no ve en un papel joco-serio... ¡Como si ese admirable comediante no pudiera abordar todos los papeles!... Él es acérrimo partidario de los grotescos, de los payasos y bufones perpetuos... ¡Es una desgracia, al fin!... ¡Ah! aquí se respira, pero París es una infección... No se riegan

las calles, y las cloacas están cubiertas de vegetación y de flores... Fui á ver á Valentina, pero está viajando con su comerciante en vinos de Champagne...

Salieron de la estación, Dauziat encomendó su maleta á un criado, y tomando á su amigo por el brazo :

— ¿Qué es lo que tienes? ¡No me parece que tienes la cara de todos los días!... ¿Es que te ha pasado alguna cosa?

— Sí, es verdad que algo me ha pasado.

— ¿Qué cosa, pues?

— Ana ha vuelto.

Mauricio levantó hasta su amigo sus ojos claros, y le interrogó sonriendo con malicia :

— ¿Ella ha vuelto, ó tú has ido á buscarla?

— La casualidad lo ha hecho todo.

— ¡Buena casualidad estás tú!...

— No, te aseguro que no; escucha como ha sucedido todo.

En lugar de dirigirse á su casa, los dos amigos fueron hacia la playa, y una vez allá, marchando á pasos lentos el uno al lado del otro, Dauziat escuchaba distraidamente la confesión que se le hacía, mirando el horizonte, golpeando con sua-

vidad las conchas nacaradas con su bastón y sin decir una palabra. Bruscamente se detuvo, y como resumiendo su pensamiento preguntó :

— En suma : ¿estás contento de haberte reconciliado?

— Sin duda alguna.

— Pues bien, ahora, amigo mío, tienes razón absoluta para seguir tu pendiente... ¿Quién te aplaudirá tu continencia? ¡Nadie! ¿Quién se encolerizará por tu placer? ¡Nadie! Ahora, debo confesarte que serás bien necio si todavía te contrarías tú mismo. La señora de Descharmais es una mujercita muy linda, muy inteligente, muy bien educada, que te satisfará mucho si sabes conducirla... ¡Hijos míos, yo os bendigo; sed felices!...

— ¡ Te pido que seas serio ! dijo Santiago riendo con embarazo. Te la encontrarás instalada junto á mí...

— ¿Es que le has dado mi habitación?

— No : habita el apartamento vecino, en el mismo piso, con el mismo balcón...

— Se comunican. ¡Bueno!... ¿Será ella quien vendrá á tu casa, ó tú quien irá á la suya?

— Seré yo quien iré á la suya.

— ¡Santa palabra!... Así podré trabajar tranquilamente...

— Hemos desenterrado un piano del país bastante bueno, y por la noche la oirás tocar las piezas que más te agraden.

— ¡Bien!... Pero nada de serio ni de congestional; al contrario : música digestiva...

— Ahora, ¿opinas que esto puede continuar así?

— ¡Esto debe continuar así!... Pero vamos á entrar, que me estoy muriendo de hambre.

Se encaminaron á la casa. Desde el balcón Ana los había seguido con la vista : sabía que Santiago iba á imponer á su amigo del cambio que hallaría, y era por esto que lo veía aproximarse sin aprensión y se disponía á afrontar su presencia tranquilamente. Siempre había estado prevenida contra Dauziat, pues abrigaba la creencia de que el novelista le era hostil : lo consideraba desconfiado, su temperamento irónico y materialista le desagradaba y sus caracteres no simpatizaban. Á su influencia atribuía en gran parte su ruptura con Santiago, y por poderosa y segura que juzgara la nueva posesión de su amante, no dejaba de temer el efecto de los razonamientos y consejos del

amigo tan cariñosa y sinceramente escuchado siempre. Por lo demás, había resuelto hacerle muy buena acogida y demostrarle mucha afección, y en tanto, tras de esta careta de atenciones fingidas y de fraternidad estudiada, podía observarlo á sus anchas.

El escritor la ayudó inconscientemente en su propósito, mostrándose amable sin exageración y circunspecto con medida. Se diría que nada había pasado desde que se conocieron en Granville, ó que fué la víspera cuando tuvo lugar dicho conocimiento. Sin embargo, su espíritu activo profundizaba el problema para él muy curioso de la reconciliación de la señora de Descharmais y Santiago.

Según lo que su amigo le había relatado y lo que él veía, era indudable que ella había avanzado la primera : quizás había buscado á Santiago, y por lo mismo, el encuentro en Saint-Vast no había tenido nada de fortuito. Las deducciones — como siempre — arrastraban á Dauziat demasiado lejos, pero no se engañaba al pensar que era Ana quien amaba, y por consecuencia, quien hacía todos los esfuerzos para reanudar aquellos amores.

Y se dijo : Con una mujer tan práctica y tan

fuerte como nuestra señora de Descharmais, es imposible que no haya un secreto designio en este asunto. Evidentemente, es sincera en la expansión de su ternura hacia Santiago; mas ¿qué será lo que desea obtener con esa sinceridad? La primera vez trató de conseguir casarse y jugó el todo por el todo, hasta que comprendió la situación real de su persona. ¿Esperará obtener ahora resultado más favorable? ¿ó se contentará con vivir al lado de Santiago, lo que al fin — excepción hecha de las relaciones mundanas — viene á ser absolutamente lo mismo que el matrimonio? Pero si admito la premeditación en ella, tengo que reconocer el interés que tuvo en la desaparición de la mujer legítima; y sin embargo, todo ha demostrado que Ana no fué partícipe en esta misteriosa catástrofe.

Como el recuerdo de un espectáculo entrevisto en algún ensueño infernal, la imagen de la dama vestida de gris surgió ante los ojos de Dauziat: no era la Ana dulce y sonriente, viviendo con facilidad y no deseando sino el placer; pero sí la Ana felina y circumspecta, capaz de un crimen por defenderse ó por vengarse. Confusamente, alrededor de ella, veía agitarse sombras, que eran los

cómplices que le habían ayudado á matar sin peligro de sospecha contra ella: el literato pretendió precisar las formas, distinguir los semblantes, pero no pudo fijar claramente las fisonomías ni los cuerpos, porque toda la visión poco á poco se alejaba y se perdía, y Mauricio volvió á hallarse en su sillón, ante su mesa llena de papeles y saliendo de un ensueño para entrar otra vez en el mundo de las realidades.

No pudo evitar una buena dosis de mal humor contra sí mismo, y reprochó acremente á su imaginación por haberle traído concepciones delirantes.

Bajo el balcón escuchaba, sentados al sol ante la casa y aguardando la hora de almorzar, á la señora de Descharmais y á Santiago que reían: se levantó y se asomó sobre la balaustrada por donde trepaba la viña virgen y les habló. Ellos volvieron hacia él sus semblantes radiosos y sus miradas donde no se leía otra cosa que la alegría de vivir, y vanamente Dauziat buscó sobre la frente de Ana la huella de un pensamiento perverso.

Después retiróse diciendo para sí:

— ¡Ah! ¡Vaya á paseo el novelista que ve el drama por todas partes! Todo resulta más simple

que lo que yo conjeturo y arreglo á mi manera : la casualidad es la única autora de esa reconciliación, como me lo ha declarado Santiago con toda sinceridad, y yo soy un gran torpe en ir á lanzar el negro cieno sobre esa rosa!... Bajemos á almorzar, mi tarea está concluída, el cielo está puro, la vida es bella... ¡Todavía un buen día arrebatado al inicuo destino!

Se puso la americana, tomó el sombrero y fué á reunirse á sus amigos. Los tres, bajo un pabellón florido de capuchinas, se instalaron en la mesa y el almuerzo comenzó alegremente. Á los postres ya todas las prevenciones se habían disipado, y Dauziat pensaba que Ana era una buena mujercita, muy linda, y que Santiago no tenía motivos para quejarse. Pero pronto, entregado á sí mismo, el literato volvió á caer bajo el imperio de su idea fija : el rostro sonriente y franco de la tierna Ana se borraba, y el de la Ana tenebrosa y amenazante aparecía, y en este instante Dauziat hubiera jurado que había un terrible secreto tras la frente blanca y tersa de la joven.

Esta existencia deliciosa para Santiago y la señora de Descharmais duró tres semanas, y ya era preciso regresar á París y poner fin á esta co-

munidad que había unido á los enamorados más estrechamente que lo hubieran podido estar viviendo dos años en la capital. Los bañistas iban partiendo uno tras otro, y bien pronto los tres amigos se vieron solos en el pueblecito : el tiempo vino sombrío y después desapacible, y la partida se impuso.

Al pasar las fortificaciones, en momentos en que Ana reunía todos los bultitos esparcidos sobre los cojines del compartimiento, Santiago muy enternecido daba las gracias á Dauziat por haberle sido compañero fiel cuando él tanto necesitaba no estar abandonado, y le hizo prometer que no se separaría de él, aunque lo viera dichoso. Al literato le pareció ver que una sombra obscureció la frente de Ana y que sus cejas se contrajeron ligeramente, mas de modo tan fugitivo, que pudo creer que se había engañado cuando la joven dirigiéndose á él renovó en términos expresivos los ruegos de Santiago; y fué tal la insistencia que manifestó opuesta al disgusto que había disimulado, que Dauziat tuvo que formular este dilema : — « Si no es sincera, no cabe duda que es muy dueña de sí misma. » Por lo demás, prometió todo cuanto se le pedía, reservándose proceder según las circuns-

tancias y de proporcionar su ayuda al placer que sus visitas parecían causar. Luego se abrazaron sobre el andén de la estación y cada uno partió por su lado en busca del equipaje.

Con la vuelta á París nada pareció cambiar en la existencia de Prévinquières : continuó habitando su apartamento, conservó los mismos criados, y no manifestaba estar dispuesto á conceder nada de su independencia. La joven vivía en su mismo apartamento de la Chaussée d'Antin : allá iba él á diario, pero nunca almorzaba con ella y raramente comía. Cuanto á la señora de Descharmais, no puso el pie en casa de él, porque desde el principio éste se explicó con toda claridad :

— Mi madre va á cada momento á mi casa y nunca á la misma hora : se pasea por todo mi apartamento, y me sería imposible privarla de la entrada en alguna pieza, sin que naturalmente, me preguntara al momento el motivo, y si usted se halla en mi casa en uno de esos instantes, yo no podré poner á la una en presencia de la otra, porque ni quiero contrariar á mi madre ni maltratar á usted. Así, pues, debemos fijar la situación oportunamente.

Ana se mostró modelo de mujer razonable y

discreta : aprobó los escrúpulos de Santiago y aprovechó la ocasión para expresar — con algunas frases bien escogidas — la veneración y el respeto que la madre de su amante le inspiraba. Así, pues, no estuvo exigente, sino se manifestó dichosa con la seguridad de que Santiago iría á la calle de la Chaussée d'Antin. Era todo cuanto deseaba para estar contenta.

Esta prueba de juicio y de dulzura encantaron á Prévinquières, mas á Mauricio lo entusiasmaron menos, porque en las precauciones que tomaba la señora de Descharmais, veía más de habilidad que de proceder sincero. Sus prevenciones crecían, y aunque por esto no tenía que afearle nada á la joven, pareció quedar desconfiado y en asechanza frente á ella.

Se arregló de modo que veía á su amigo únicamente cuando éste se hallaba solo, y á pretexto de trabajos que necesitaba terminar, salía con él mucho menos que antes : así se encontraba con tiempo disponible, que empleaba en visitar rincones de París que quería conocer á fondo, á fin de utilizarlos como cuadros de una obra que preparaba. La casualidad — en uno de estos paseos de observación y estudio — le proporcionó in-

formas inesperados é interesantes relativos al secreto de Ana.

Viniendo un domingo á las seis de la tarde de Saint-Ouen, donde había pasado el día en la isla entre el ruido de orquestas al aire libre, de tiro al blanco, de rechinar de columpios atontando con su fatigoso ir y venir y de insoportables aullidos de vendedores de baratijas y chucherías de ínfima clase, tomó asiento bajo el pabellón de un ventorrillo situado á la entrada de las fortificaciones. Era una bella tarde de Octubre dulce y clara : el sol bajaba al horizonte entre nubes de púrpura, y una ola interminable de paseantes y excursionistas descendía la avenida para entrar en la ciudad por el boulevard de Ornano : Dauziat seguía con mirada complaciente aquella alegre barahúnda, notando el colorido y el movimiento de ese cuadro popular, cuando un cupé se detuvo delante de la taberna donde él bebía un vaso de cerveza, y con inexplicable asombro vió descender del carruaje primero á un hombre y después á Ana. Pero no ciertamente la Ana que estaba acostumbrado á ver, elegante, adornada, de una perfecta distinción, presentando á primera vista la impresión de una mujer de mundo, sino Ana

sencillamente vestida, casi disfrazada y ofreciendo el aspecto de una criada de casa rica. Todo en ella estaba cambiado : su manera de caminar, la fisonomía y hasta sus modales. Pasando por entre la muchedumbre junto á ella, Dauziat no la hubiera reconocido, y á lo más, hubiese pensado : — « He aquí una joven que tiene parecido con la señora de Descharmais, » y después no hubiera vuelto á acordarse ; mientras que ahora la veía descender del cupé tal como la había visto diez veces delante de sí seis semanas antes, y además sorprendió ciertos detalles de movimientos, como el gesto particular de colocarse la falda en su justo puesto y asegurarse el sombrero, que en Ana eran característicos y que en aquella ocasión la denunciaban evidentemente.

Echó una mirada en torno suyo con una rapidez precisa que acabó de aclarar á Dauziat ; hizo un movimiento, cual si tuviera temor de ser sorprendida, volvió á mirar vivamente si no había allí alguien sospechoso que pudiera reconocerla — cosa que obligó al literato á volverse un poco para escapar de su vista tras la enredadera de volubilis y de aristoloquias — y juzgándose ya al abrigo de toda indiscreción, hizo un signo á su compañero

y entró bajo el pabellón vecino á aquel en que Dauziat se hallaba sentado.

El hombre dió una dirección al cochero, y al volverse, su cara apareció iluminada por la claridad del sol que moría. Era el joven alto, muy trigueño, que Santiago había encontrado una vez en el zaguán de Ana, y que hubo de inspirarle la inquietante sospecha de un próximo ataque de bandidos en la casa. Mas ese domingo no tenía el aire de un bandido, sino la presencia de un obrero elegante y cuidadoso : estaba vestido con un traje color marrón y un sombrero de castor negro : su corbata — negligentemente anudada — rodeaba un cuello fuerte y musculoso, y en la mano tenía un par de guantes en los que no se había resignado á aprisionar sus gruesos dedos. Pero si el atavío no presentaba nada de extrordinario, la fisonomía, en cambio, estaba hecha para llamar toda la atención : los ojos negros, cóncavos y fatigados, el bigote rojo y áspero, los cabellos traídos sobre las orejas, la boca cortada en las esquinas por un pliegue feroz; todo era siniestro y amenazador. Su andar y su talante eran de un hombre pacífico; su cabeza, la de un asesino.

El escritor, en asecho y con los ojos sobre

aquel singular individuo, no respiraba : en un instante había visto presentarse ante él la criminal que, tantas veces había soñado, escoltada por su cómplice. En esto oyó al hombre que decía con un acento de arrabal :

— Aquí estaremos bien.

Luego dió una puñada que hizo saltar la mesa y sonar como un gongo, y gritó al mozo :

— ¡Una grosella con agua de soda!... ¡Un ajeno con goma!

Después se sentó, y la voz de Ana, seca y como inquieta, se elevó detrás del tabique de ramas :

— Vamos pronto, que estoy impaciente por entrar...

El hombre le replicó en tono jovial :

— ¡Oh, María Ana, no me disputes el poco tiempo que me das con tanta rareza!... Sabes bien que los domingos *él* no viene nunca antes de las diez...

Él... Dauziat no dudó ya : reconoció á Santiago en ese *él* que no venía nunca el domingo antes de las diez, porque ese día regularmente comía en casa de su madre y no se hallaba libre antes de esa hora, y después se preguntó : — ¿Cómo es que la señora de Descharmais, tan cuidadosa de

su reputación, se resigna á salir disfrazada como una obrerita, casi desconocida y en compañía de ese insolente con cara de presidiario? ¿qué derecho tiene sobre ella para obligarla? Porque es evidente que ella no lo sufre de buen grado, como lo prueban su tono, su actitud, todo; que se halla en un suplicio y que daría cualquier cosa por verse ya de vuelta en su casa y desembarazada de la presencia de ese peligroso personaje. Él la llama María Ana y la tutea; ¿pero y ella?...

Al momento la voz de Ana, como dando respuesta al pensamiento de Dauziat, se dejó oír en el pabellón vecino :

— Ya son las seis, Carlos, y es necesario que me vista; tú lo sabes bien...

— ¡Bueno! no vamos á eternizarnos aquí, dijo el hombre.

Y Dauziat escuchó que paladeaba á pequeños sorbos su ajeno, en tanto que la botella de agua de soda crepitaba bajo el impaciente dedo de la señora de Descharmais.

La voz antipática del hombre continuó :

— Es igual : lo que hay de cierto es que estás muy apresurada en dejarme por tu señor... ¡Si supiera que me has mentido y que él te gusta!...

— ¿Quieres callar, eh? ¡Estás hablando como un loco! le interrumpió Ana secamente. ¿Sabes acaso si nadie puede oírte?

— ¡Yo me burlo de eso!... Además, ¿hay alguien á nuestro lado?

El follaje movióse y por la armazón que sostenía la verdura ya muribunda del toldo, Dauziat vió pasar una mano que separó las ramas, y el ojo cavernoso de aquél á quien Ana llamaba Carlos apareció en la sombra. El literato, apoyado en el respaldo de su silla, no hizo el menor movimiento y parecía dormir.

— Aquí hay un tipo que duerme la mona, dijo el compañero de la señora de Descharmais. Vamos, ya podemos charlar á nuestras anchas...

— Creo que no tenemos nada que contarnos.

— Tú, quizás; pero yo...

— Pues bien, vamos á casa... Llama al mozo y marchemos...

Dauziat sospechó que Ana, antes de alejarse, tendría la idea de identificar al vecino que tan poco interesante parecía á Carlos, se levantó sin hacer ruido, salió al jardín, ganó la avenida y se apostó detrás de una garita de aduanero, á fin de vigilar la entrada de la pareja en París. Al cabo

de un instante vió aparecer á Ana y á su temible caballero, quienes tomaron nuevamente el cupé, y al trote volandero de un enclenque rocín pasaron la barrera y se perdieron á lo largo del boulevard Ornano.

Dauziat regresó lentamente á pie, reflexionando en su extraño descubrimiento. No había duda que los antecedentes de Ana eran los de una mujer irreprochable. Había vivido con el señor de Descharmais y lo había heredado, aunque no se podía comprobar que no lo hubiera engañado. Se conducía con una corrección un poco exagerada y producía bastante bien la impresión de una persona sin tacha ninguna. ¿Cómo, pues, había caído tan bajo que se la encontraba viniendo de una partida de placer con un foragido semejante? ¡Qué atroces relaciones impulsaba á suponer este descubrimiento! Detrás de la señora de Descharmais, ostentando buena cara de burguesa en su sala de la Chaussée d'Antin, detrás de la Ana enamorada, que aun en sus mismas locuras amorosas permanecía elegante y reservada, ¿podía imaginarse una señora de Descharmais frecuentando parajes sospechosos, una Ana de cascos alegres en compañía de vagabundos y tunantes de su-

burbios y cliente asidua de bailes de candil? ¿tendría ella una existencia por partida doble? ¿se abandonaría de las obligaciones que le imponía su trato con personas respetables, para irse á recrear con bandidos? ¿ó bien, víctima de cualquier amenaza, estaba forzada á someterse al capricho, á la aberración, al amor de aquel facineroso de bronca voz y de siniestra mirada, que la paseaba el domingo por los arrabales?

Examinando estas dos hipótesis, Dauziat consideró que debía haber de la una y de la otra : de arrastramiento, de terror, y de familiaridades nativas con el brigante y en lugar fortuito que la ponían á merced de él. Pero en los dos casos, Santiago, que ignoraba la conducta de su querida, podía en un momento dado ser víctima de esas relaciones poco claras, y Dauziat quería aclarar el misterio que la casualidad le había hecho descubrir.

Al otro día, á las diez de la mañana, seguro de encontrar á la señora de Descharmais en su casa y de no hallar á Santiago, el escritor se presentó en la calle de la Chaussée d'Antin. La criada lo introdujo en la salita donde Ana habitualmente se instalaba y le dejó solo. Un cuarto de hora se des-

lizó, durante el cual Dauziat miró distraidamente por la ventana, preocupado de lo que iba á decirle é inquieto por lo que pudiera resultar. Sintió por detrás ese ruido característico que produce el vestido de una mujer al caminar, después el rechinar de una cerradura, y se volvió. La señora de Descharmais acababa de entrar, avanzó hacia él fresca, sonriente, su hermosa cabellera recogida sobre la cabeza por un peinecito de oro y vestida con un traje flotante de seda color rosa adornado de ricos encajes.

— ¿Qué acontecimiento es el que me proporciona verlo á usted aquí tan de mañana? preguntó en un tono alegre. ¿Qué le pasa? Ciertamente que usted viene á negocios... ¡Si Santiago no hubiera salido de aquí hace una hora escasa, la presencia de usted me asustaría!...

— Es justamente porque Santiago no está aquí, por lo que he escogido esta hora para presentarme.

— ¡Cómo! ¿Usted ha tratado de no encontrarle aquí? le preguntó Ana un tanto inquieta.

— Esencialmente, sí : lo que me trae aquí no concierne sino á usted, y deseo estar tranquilo mientras hablemos.

La joven palideció un poco, su mirada se nubló como si una llama interior se hubiera extinguido súbitamente, sin articular una palabra mostró á Dauziat una silla y tomó asiento á su vez. El literato clavó sus ojos sobre ella y le dijo con audaz firmeza :

— Perdóneme usted si represento á un juez de instrucción comenzando un interrogatorio, pero no puedo entrar en materia de otra manera : ¿Qué hacía usted ayer á las seis de la tarde, querida señora, en la puerta de Saint-Ouen, vestida como usted no tiene por costumbre y en compañía de un hombre que no se parece en nada á aquellos que usted trata ordinariamente?

La joven, sin pestañear y con una voz tranquila y apacible, respondió :

— ¿Yo?... ¿ayer tarde? Aguarde un poco...

Y después de un momento en que fingió que hacía memoria :

— Ayer fué domingo... Pero yo pasé el día aquí... Á mis criados les dí permiso para que salieran hasta la hora de la comida... y fui yo quien cuidé la casa...

Dauziat pensó : « Bueno, nada de registro practicable ; ha tomado sus precauciones. » Después continuó :

— Sería imposible encontrar un parecido semejante. La mujer de que le hablo tiene no solamente el semblante, las maneras y la voz, sino también el nombre de usted.

— ¡El nombre!... ¿cómo el nombre? ¿qué es lo que dice usted? gritó Ana con el rostro amenazante.

— Eso quiere decir que su compañero la llamaba María Ana cuando hablaba con ella.

— ¿Cuándo hablaba? repitió Ana con una sorda inquietud. ¿Usted los escuchó?

— Sí, señora.

— ¿Y qué decían?

— Hablaban de un crimen cometido el año pasado por el hombre á instigación de la mujer, declaró Mauricio osadamente.

— ¿Y es con una miserable semejante con quien usted afecta confundirme? gritó incorporándose descolorida y temblando; ¿esto es un juego, ó ha venido usted á mi casa para insultarme?...

— ¡Dios me libre de deseos parecidos! contestó él; me veo tan lejos de querer ofenderla á usted, como de representar una comedia. Lo que le digo á usted es muy serio, muy verdadero, y crea que

daría mucho por obtener de usted la prueba de que he abusado al guiarme por una semejanza nunca vista. ¡Pero es imposible! ¡estoy seguro que era usted, seguro! ¡Compréndame bien... talmente seguro, que lo juraría ante la justicia y hasta respondería con mi cabeza!... ¡Vamos, no se defienda usted con negativas inútiles, y reflexione que la verdad será muy fácil de establecer... Tráteme como un amigo verdadero, dispuesto á proteger á usted, y si es necesario á salvarla si todavía se puede, y en todos los casos, resuelto á guardar silencio sobre lo que usted me confíe.

Mientras le hablaba le había tomado las manos, y sintió sus nervios vibrar y sus arterias latir bajo una perturbación terrible. Ella se separó bruscamente, comprendiendo que su carne la denunciaba, y obstinada en negar, le gritó con violencia:

— ¡Usted está loco! ¡No tengo nada que confesarle é ignoro á lo que usted alude! ¡Lo que solamente sé es que usted me es hostil, que siempre me ha perjudicado y que no retrocederá ante ningún medio, por cobarde que sea, á fin de alejar á Santiago de mí!...

— ¡Oh! interrumpió Dauziat con altivez: señora María Ana, pongamos un freno á ese arrebató, si

usted gusta, y tenga presente que si usted no quiere hablar, es fácil de encontrar al señor Carlos...

Al oír este nombre, por la primera vez pronunciado, el semblante de Ana expresó el azoramiento: se juzgó adivinada, pasó de la resistencia extrema al abandono extremo y cayó como partida en dos sobre un sillón, torciéndose las manos entre gritos desesperados.

Entonces Dauziat se aproximó, y con tanta dulzura como había mostrado firmeza, le dijo:

— ¿De qué sirven todas sus resistencias y qué significan sus prevenciones? Usted bien vé que me encuentro perfectamente informado, y si reflexionara comprendería que aun admitiendo que yo le sea hostil, usted se halla defendida contra mí por el amor de Santiago. Pero no es eso: no tengo contra usted ninguna intención preconcebida, ni tengo ninguna razón para perjudicarla. Solamente deseo, en interés de mi amigo, saber qué lazos son los que la unen á usted con ese hombre con quien la he visto ayer. ¿Me comprende usted?

Ana, sin responder, movió la cabeza con aire de abatimiento; Mauricio continuó:

— Vamos, yo no soy un verdugo ni tengo la intención de torturarla. Esta explicación me es tan dolorosa como á usted; sea razonable, para abreviar. ¿Quiere usted responderme?

La joven no se movió.

— ¿Es necesario que dé á usted mi palabra de honor, de que cuanto aquí se diga no será repetido por mí?

Ella continuó inerte y como desvanecida. El literato le preguntó entonces:

— ¿Usted me conoce bastante para estar segura que no la he de engañar?

Esta vez la joven alzó la cabeza: su mirada pasó quemando por entre sus párpados y Dauziat se dió cuenta de que estaba mucho menos postrada de lo que no quería aparentar, y de que aún se mantenía á la defensiva. Sin embargo, á esta última cuestión no pudo eximirse de responder:

— Sí.

— Pues bien, demuéstreme usted un poco de confianza, y no se arrepentirá por cierto..... ¿Quién es ese Carlos que usted trata con tanta familiaridad?

Con voz ahogada le dijo:

— Mi hermano de leche.

— ¿El hijo de la mujer de Granville?

— Sí.

— ¿Por qué no ha hablado usted nunca de él? Yo ignoraba hasta su existencia.

— Santiago no la ignora. Y parecía triunfante con la respuesta.

— ¿Santiago ha visto una vez al señor Carlos?

— No, nunca.

— ¿Sabe simplemente que existe?

— No son posibles las relaciones entre ellos; Carlos es un obrero.

— ¿En qué trabaja?

— Es ajustador, en Saint Denis.

— ¿Usted fué á pasear el domingo con él?

— ¡Oh! con mucha rareza!

— Y ese día usted se vistió de obrerita...

— Porque á Carlos le hubiera contrariado verme vestida como señora.

— ¿Y usted teme contrariarlo?

— ¿Por qué mortificar á los otros?

— Así, pues, ¿por no mortificar al señor Carlos es por lo que usted le ha hecho creer que el *señor* de usted, como él llama á Santiago, no le gusta á usted?

Ana palideció y únicamente pudo balbucear :

— No lo comprendo á usted.

— Pues esto es bien claro. Resulta para mí, por las palabras cambiadas entre los dos, que el señor Carlos la ama á usted, y que para apaciguar sus celos usted le ha dicho que Santiago es un... — ¿cómo diremos? — un protector serio; pero que no existe nada de amor entre ambos.

— Usted inventa á su placer: no hay una palabra de verdad en todo eso que acaba de decir; eso es una novela.

— De cualquier modo, eso es indiferente: la psicología del asunto no tiene interés por el momento; los hechos son suficientes y las causas se descubrirán más tarde.

— ¿Qué causas?

— Las causas por las cuales usted favorece á ese bandido; porque usted es su querida, no puedo dudarlo.

— ¿Yo? ¿yo?... gritó la señora de Descharmais exasperada; ¡usted es un miserable que me insulta cuando yo no puedo defenderme!...

Dauziat sonrió:

— Pero usted se defiende muy bien, y sospecho que el señor Carlos la defenderá todavía mejor...

Palpitante de rabia y de pavor, Ana, de pie delante de la chimenea, miraba al literato : oleadas de sangre le subían del corazón á la cabeza, y enrojecía y palidecía alternativamente : sus manos, frías é inconscientes, deshacían en pequeños pedazos su pechera de encajes, y si sus ojos hubieran podido fulminar, es indudable que Dauziat hubiese caído muerto. Mas en nada turbado por el espectáculo de este furor, avanzó lentamente hacia la joven, y muy cerca como para estar seguro que ningún otro oído podía escucharlo, le preguntó :

— ¿Fué por él que usted hizo asesinar á la señora de Prévinquières?

La señora de Deschermis no pudo responder : sus ojos se agrandaron ; sus pupilas quedaron inmóviles ; sus labios se entreabrieron dando salida á un grito mal ahogado ; giró convulsivamente sobre sus talones, y como herida de muerte, y produciendo un golpe sordo, fué á desplomarse en la alfombra.

Dauziat pudo acudir á tiempo y así amortiguar un tanto la conmoción de la terrible caída. Sintió el cuerpo de la desgraciada atiesarse en un espasmo, sus nervios palpar y estirarse, su encan-

tadora boca torcerse dejando escapar horribles quejas, y luego, sobre el canapé de su sala, debatióse entre furiosas convulsiones. Mauricio, impasible, la desabrochó, ahogó sus gritos, le prodigó los cuidados que reclamaba su estado, y luego aguardó á que pasada la crisis recobrará todo su conocimiento.

Un torrente de lágrimas y de sollozos le anunciaron que volvía á la vida : se aproximó á ella, pero instintivamente y con un gesto espantoso, como si de él debiera temerle todo, lo rechazó. Entonces el novelista, á la par que la veía temblando, le dijo :

— ¿Ha olvidado usted ya lo que le he prometido? Nada de lo que se diga, de aquí saldrá, y esta seguridad debe darle firmeza. Por una sencilla pregunta, ha perdido usted los sentidos, en vez de mantenerse lo mismo que cuando hubo de interrogarla el juez de Niza. Si usted hubiera estado como ahora, á la merced de sus nervios, hubiera sido presa al salir del interrogatorio. Y sin embargo, tal vez sea usted inocente, tal vez sea ese bandido quien todo lo dispuso y quien todo lo ha ejecutado.

Dauziat le tendía hábilmente el lazo : ella no

tenía que hacer más sino convenir con él para disculparse al menos en parte; pero lejos de eso, exclamó en un grito de horror:

— ¡Nunca, dígalo usted, nunca ese desgraciado ha cometido el crimen de que usted me acusa! Porque yo veo ahora de dónde han partido las insinuaciones que antes me comprometieron de modo tan indigno, y de que usted lo acusa á él ahora... Y puesto que es necesario dar explicaciones para sustraerme de sus odiosas inquisiciones, sepa que ese joven, con quien fui criada, hace mucho tiempo que está enamorado de mí y que ha sufrido cruelmente por mi unión con el señor de Descharmais... Pero era necesario vivir... Carlos no tenía otra cosa que su salario de obrero, y yo vegetaba miserablemente corriendo para aquí y para allá, transida en invierno, quemada en verano y siempre en la necesidad... Se resignó á verme aceptar los beneficios de un viejo que fué para mí un verdadero padre... Saqué á su madre, mi nodriza, de la miseria, la instalé en Granville, su país de origen, á él lo ayudé para comprar un crédito de comercio; pero no ha sido muy laborioso y no ha logrado prosperar. ¿Es ésta una razón para desinteresarme de él?... Yo no tengo

familia ninguna: ¿debo despreciar á esa buena gente, porque tengo dinero y ella no? De tiempo en tiempo Carlos viene á buscarme el domingo y juntos nos vamos á pasear. No me oculto mucho, puesto que usted me reconoció en seguida, á pesar de la sencillez de mi traje; y sin embargo, tomo esas precauciones porque no quiero dar que decir. Usted saca de estos hechos muy sencillos conclusiones extraordinarias, y de golpe y porrazo viene á acusarme de asesinato. Es necesario convenir que la fantasía es un poco atrevida, y si yo no hubiera estado tan dolorosamente sorprendida por la crudeza de sus acusaciones, hubiese respondido al punto de otra manera que con las lágrimas. Por último, piense usted lo que guste, que no tengo temor ninguno. Usted me ha hecho hoy una ofensa que no tendré el disgusto de sufrir por segunda vez, pues cuando haya salido de mi casa daré orden para que no lo dejen entrar nunca más.

Ana se había repuesto completamente: con la sangre fría recuperó la firmeza de carácter. Ya no era la mujer azorada y temblorosa que Dauziat había visto palidecer y tartamudear durante aquella entrevista: éste no pudo menos de admi-

rar los recursos de energía de la joven, y pensó que le sería muy difícil obtener la verdad. Un momento hubo creído que la haría confesar aquello que tanto le interesaba saber, mas ella se replegó con habilidad y se matuvo en una defensiva osada y casi inatacable.

— Señora, le dijo Mauricio, puesto que con atenuaciones, políticas, sí, pero para el caso lo mismo, usted me pone en la puerta de su casa, resumamos á fin de que esta conversación que parece haberla contrariado y que á mí no me ha causado placer, deje alguna cosa útil. Afirma usted no haber intervenido en la preparación de la catástrofe que ha amargado la vida de mi amigo Prévinières : declara usted que su hermano de leche no tiene que ver nada en la ejecución de ese crimen : yo no tengo prueba ninguna material que oponer á esas negaciones; pero como por otra parte, el señor Carlos ha proferido, aludiendo á Santiago, palabras que me han parecido amenazadoras, á mi vez le advierto á usted lo siguiente : que si sobreviene alguna desgracia motivada por los celos de su compañero, justificados ó imaginarios y con participación ó no de usted, una hora después yo haré meter en chirona á ese intere-

sante personaje, á riesgo de lo que pueda resultar para él y para usted. Y como hablar más de este asunto ahora no sería sino repetir la misma cosa, permítame usted, señora, que me retire.

Saludó y comenzó á caminar sin que Ana lo rétuviera, pero alejándose con lentitud, como aguardando ser llamado. Mas ella conoció la jugada, y sin un gesto le miró dirigirse á la puerta; y como al abrirla se volviera pareciendo aguardar lo que aún tuviese que decirle, la joven le interrogó :

— ¿ Conserva usted todas sus prevenciones ?

— Todas.

— ¿ Nada de mis explicaciones ha podido invalidarlas ?

— Al contrario.

— ¿ Luego, usted me juzga una espantosa criatura ?

— Espantosa es mucho decir.

— En fin, ¿ capaz del crimen, del libertinaje y de la hipocresía ?

— No abusemos de la crudeza de los términos; además, todo eso está bien discutido...

— ¡ No hay duda que usted me detesta y que su única preocupación es hacerme daño !

— De ningún modo : solamente quiero saber la verdad respecto á usted.

— Ya se la he dicho.

El literato la miró con ironía :

— ¿ Eso es todo ?

La joven pareció postrarse otra vez, y Dauziat creyó que volvería sobre sus declaraciones y confesaría todo lo que él adivinaba; pero ella se rehizo inmediatamente, é indicándole la puerta con un gesto :

— Adiós.

El literato no insistió y abandonó la casa, y Ana, lanzándose sobre un timbre, cuyo metálico y penetrante sonido produjo con mano de furia, gritó á la criada que hubo de acudir presurosa :

— ¡ Pronto, vístame usted, que tengo que salir !

En un momento estuvo calzada, vestida, puestos el sombrero y los guantes, y Dauziat no se hallaba todavía al fin de la calle de la Chaussée d'Antin, cuando ya la señora de Descharmais detenía un coche que pasaba á prisa y le decía al cochero :

— Calle Tholozé esquina á la calle Lepic.

El carruaje invirtió un cuarto de hora en subir

la calle Blanche, y la agitación violenta que había trastornado á Ana no estaba aún calmada, cuando ya descendía la joven sobre la acera de la calle Tholozé : anduvo unos veinte pasos y se lanzó en el pasillo negro y sucio de una casa de miserable aspecto, y trepando á un piso segundo, torció el picaporte de una puerta que sonó al abrirse, atravesó rápidamente una entrada oscura y fué recibida sobre el umbral de una habitación con estas palabras de sorpresa :

— ¡ Ah, María Ana !

Una mujer vieja que se calentaba y leía una novela en el folletín de un cuaderno con grabados todo lleno de manchas de grasa, se levantó prontamente y vino ante la recién llegada con los brazos abiertos para abrazarla; pero ésta no estaba de humor para soportar familiaridades, y retrocediendo un paso le preguntó con tono seco :

— ¿ Adónde está Carlos ? ¡ Tengo absolutamente necesidad de hablarle !

— Pues bien, mi querida, continuó la vieja, voy corriendo á buscarlo ; ¿ pero eso es todo lo que tienes que decirme ? ¡ no estás hoy de buen humor !

— Estoy muy disgustada... Y sobre todo, no tengo tiempo que perder...

— Está bien, ya voy... Dentro de tres minutos lo traeré.

Con una prontitud asmática, la vieja se alejó y Ana quedó sola. El apartamiento en que se encontraba se veía bastante bien amueblado, pero tan mal cuidado, que tenía un aspecto de chiribitil ó covacha. Sobre la mesa de comer el cubierto de la víspera estaba puesto todavía, y los platos grasientos y los vasos, rojos por el vino ordinario, esparcían olores tan nauseabundos, que se vió forzada á abrir la ventana. Desde ella vió á la madre de Carlos atravesar la calle de Lepic y desaparecer dentro de un café de bastante buena apariencia, acreditado de ordinario por los muchachos aprendices del barrio y el domingo por los que descienden del baile de *El Molino de la Galleta*.

Al cabo de un instante reapareció la vieja precediendo á su hijo, que con la cabeza desnuda y en pantuflas, parecía que estaba como en su casa. Ana cerró la ventana al mismo tiempo que la puerta de entrada se abría dejando oír la voz de Carlos :

— ¿Adónde está el angel bello?

Y apareciendo, tomó á la joven por el talle y la elevó con extrema facilidad haciendo por besarla ; mas ella lo rechazó diciendo :

— Tranquilízate, que no estoy para bromas.

— ¡Hola, hola!... Cálmate, que seré juicioso como una imagen... ¿Pero vas á almorzar con nosotros? ¡Eres muy amable, porque has venido hoy sin que se te esperara!... Madre, es necesario ir á buscar con qué obsequiar á esta niñita, que tiene una boca muy fina... Corra al restaurant de la *Plaza Blanche*, que allá cocinan muy bien... ¡Alce la pata!

Mientras hablaba, Carlos observó en Ana la palidez, el temblor nervioso de sus labios y el cerco amoratado de sus ojos, indicios todos de una violenta agitación interior, y así que su madre se perdió en la escalera, avanzó hasta la joven y la interrogó con viveza :

— ¿Qué es lo que hay, pues? ¡Tienes el aire exasperado!

— ¡Es que lo estoy!

— ¿Á causa?

— ¡Á causa tuya!

— ¿Mía? ¿qué es lo que aún he hecho?

— ¡Nada! Es siempre la misma situación, produciendo los mismos disgustos y los mismos peligros : nos han visto reunidos ayer en Saint-Ouen.

— ¿Quién fué ese?

— Un amigo del señor de Prévinières.

— ¿Y le ha ido con el chisme? ¿Quién es? ¡Dímelo, porque quiero destrozarlo!

La feroz mirada del temible joven atestiguaba que no era una amenaza vana. Cerró los puños, y como Ana parecía que reflexionaba :

— ¡Dime, al fin, quién es, y ya le cerraré el pico á ese que va á hacer escándalos á nuestra cuenta!

— Felizmente, no los ha hecho sino á mí ; pero si se lo hubiera contado al señor de Prévinières, ¡sabe Dios lo que tuviéramos que temer!

— ¿Qué es lo que sabe, pues?

— Nada precisamente, pero tiene sospechas muy serias.

— ¡Pues bien, es necesario que desaparezca!

— Eso será tan peligroso como si hablara... ¡Ah, desgraciado, en qué inextricable situación me has puesto con tu absurda violencia!

— ¡Sí, dices eso ahora; pero el año pasado cuando hablabas de morir!...

— ¡Me hubieran dejado morir!

El semblante de Carlos se cubrió de una gravedad singular, sus cejas se fruncieron, su boca se contrajo y con fuerza interrumpió á Ana :

— ¡Basta!... Lo hecho, hecho está. ¡Tú no lo aconsejaste, ni lo pediste, ni lo quisiste ; estamos de acuerdo!... No eres responsable, ya te lo he dicho veinte veces, y si cortan á alguien la cabeza por este asunto, ha de ser á mí... Nada tienes que temer, y yo te taparé hasta la muerte ; pero no me reproches por haberme ofrecido demasiado... ¡eso es necio y eso es inútil! ¡Si hoy eres dichosa, es gracias á este buen puño!... ¡No lo olvides!

— ¿Cómo quieres que lo olvide, cómo podré hacer eso? ¡Vivo entre angustias y no tengo un momento de seguridad!

— ¿Y yo lo tengo? ¡Oh! no es porque tema las consecuencias de lo que he hecho ; pero ¿es una vida para mí el verte junto á ese hombre que detesto y respecto á quien — yo estoy seguro — me has contado falsedades y mentiras? Porque ¿es creible que te hubieras hallado en la situación en que te ví el año pasado cuando él te dejó por completo, si no hubieses estado enamorada?...

Me decías que era tu orgullo herido porque te había desdeñado... ¡Y eran celos rabiosos porque viste que se casó!... ¡Imbécil!... Ya veo que no era á la mujer á quien precisaba matar... ¡Era al hombre!... ¡Así no hubiera estorbado tanto!

— ¡Carlos!

— Y bien... ¿qué? ¡Carlos! ¡Yo sé mi nombre, sin duda, y no tienes necesidad de gritármelo! Las mujeres olvidan pronto : en un momento de furor precipitan á cometer todos los crímenes, y después se lavan las manos. Se les oye clamar : — « ¡Quién me libraré de esta criatura que odio! » Se les toma la palabra, y una vez que han sido obedecidas, entonces bien saben decir : — « ¿Quién te encomendó eso? »... ¡Eh! no eres tú de esas, seguramente; pero ¿no lo has pedido lo mismo llorando horas y horas echada en una cama ó en un canapé, sin poderse obtener de ti una palabra, una mirada, vaya, como una muerta? Entonces, la rabia de verte sufrir, el deseo de vengarte, la esperanza de devolverte la dicha, todo eso reunido, y... un mal golpe se da muy pronto... ¡Y te quejas hoy! ¡Si la joven esposa estuviera todavía en su casa, no tendrías al señor todas las noches en la tuya! ¿Y yo? ¡Bruto de mí, que me

quemo la sangre pensando que me tomaste por un tonto cuando me juraste que no le amabas y que era únicamente tu posición lo que sentías perder! ¿El Descharmais no te había dejado bastante dinero? ¿te hacía falta más aún?... ¡Vaya!... Se adquieren costumbres de gran lujo, después no se puede pasar sin ellas, ¡y entonces es preciso desesperar á un buen joven que te ama sinceramente, por vivir con gomosos que te vuelven la espalda por un sí ó por un no! ¡De esto ya conoces algo! ¿Quieres dinero? Puedo obtener mucho, no tienes más que desearlo... Sabes que no me embotijo ante el trabajo... Se tienen amigos, y aunque nunca he estado en el robo, una caja de agente de cambio ó de notario se fuerza pronto... Sobre todo, es recuperar el capital de manos de los que lo han robado... ¡Estas son mis opiniones!

— ¡No continúes, que me horrorizas!

El hombre fué silenciosamente á sentarse sobre una esquina de la mesa : quedó un momento con la cabeza inclinada sobre el pecho, y luego prosiguió con voz sorda :

— Ya sé bien que te inspiro horror y que no me soportas sino porque no puedes hacer otra cosa ;

eso es lo que me roe el corazón. Antes de amarte yo no era malo : trabajaba y no bebía ; pero hoy, cuando pienso en el otro, me vuelvo feroz y mataría á un hombre sólo porque al pasar me hubo tocado el codo. ¡ Hay noches en que me meto en riñas nada más que por el placer de dar puñadas, pues me parece que es sobre él, ó sobre uno como él, donde mi puño se hace sentir!... Soy muy desgraciado, no hago nada bien hecho, y todo es porque estoy loco por ti. Si no fuera por el temor de no verte nunca más, hace mucho tiempo que hubiera fabricado dominós con el esqueleto de tu señor. Creo que tus relaciones con él son serias y que los dos se aman. Esto es terrible, créelo, y si no lo cazo, yo...

Ana le cerró la boca con su mano, y sobre aquella fina y perfumada carne el monstruo estampó un beso mordiente, como el lobo domado, pero siempre dispuesto á saltar sobre su domador.

— Escucha, le dijo la joven, veo bien que arrastras aquí una existencia miserable : ¿ por qué no tomás una buena determinación?

— ¿ Cuál?

— Marchar para América con tu madre.

El hombre se levantó con violencia :

— ¡ Ah, ah! ¿ quieres desembarazarte de mí? ¡ En América, diablos, en los desiertos, á millones de leguas, del otro lado del agua!... Tú quedarás bien tranquila y yo no perturbaré tu existencia de burguesa, ¿ no es cierto?

— Te harás más apreciable y más digno, le interrumpió Ana : aquí no hay ningún porvenir para ti, se exige de la gente una educación que no ha estado en tu mano poseer; en tanto que allá el hombre vale por sí mismo y no se le pide cuenta de sus formas sociales, sino únicamente de su valer. Con tu energía y el dinero que te confiaré, estoy segura que te harás rico, y entonces iré á reunirme contigo y podremos vivir juntos y hasta casarnos, si así lo quieres.

— ¡ Á otro perro con ese hueso! gritó Carlos riendo violentamente : ¡ que me hagan trizas si te vuelvo á ver! Nada de María Ana creo seguro, si no lo tengo en mi mano. ¿ Olvidas que ya me engañaste una vez, y que aun cuando tu padre el viejo comunista nos envió su permiso desde Londres, no quisiste casarte conmigo, sino irte á vivir con el Descharmais?... ¡ Mira, no me fuerces á recordar esas cosas, porque voy á volverme furioso, y entonces no responderé de no hacerte mal!

Ana, sin discutir más, fué á la ventana y apoyó contra el cristal su frente pensativa: él la siguió, y tomándola por los hombros la obligó á volverse:

— ¡Vamos! ¿qué es lo que quieres, al fin de cuentas? Porque de seguro que no te has molestado hoy en venir aquí para hablarme solamente de mi expatriación. Sabes que te amo y que consentiré en hacer grandes sacrificios por ti.

Una sonrisa fugitiva pasó por los labios de la joven, que moviendo la cabeza le dijo:

— Si no partes, será preciso que dejemos de vernos por completo.

Mas él respondió con un gesto enérgico:

— Ya puedes ir desengañándote de esa ilusión: ¡mis pequeñas dichas me cuestan muy caras para que renuncie á ellas!

— ¿Me contrarías?

— ¿No te he contrariado siempre? ¿he obtenido alguna cosa de ti por tu buena voluntad?

— ¿Y tienes algo de que alabarte?

— Yo no me alabo; más bien lloraré.

— ¡Oh, tus lágrimas!...

— ¡Más sinceras que las tuyas!

— ¡Habrás ganado mucho el día que el señor de

Prévinquières me deje y tú estés en la prisión de los condenados á muerte!

— ¡Tal vez será eso lo mejor! ¿Crees que me divierto en la vida?

— Haces lo que quieres, es decir, nada.

— El hombre nació para la pereza.

— ¿Y qué comerá?

— ¡Paciencia! Ya se trastornará todo una de estas noches. Los amigos nos lo prometen, y esos de la Cámara trabajan. Esta vez el Ejército estará con nosotros, y nos volveremos los amos. Ese día tu Santiago pasará un buen cuarto de hora, te lo aseguro; y cuando yo tenga sus trajes, sus muebles y sus rentas, tendrás que vivir conmigo, ó decir por qué no.

— ¡Si cuentas con eso!... Ya sabes lo que duró para mi padre... Dos meses justos, y después ¡Numea!

— No tengas miedo, que habrá lo necesario; y si no se obtiene el cambio, se hará saltar todo de tal manera, que al llegar los burgueses después de los alguaciles para recuperar sus propiedades, no podrán siquiera aprovechar los escombros. ¡Pero nosotros triunfaremos y esa será la dicha!

— ¡Anda, idiota, que crees todo lo que te

cuentan! ¡Nunca el desorden podrá instalarse á perpetuidad, porque habrá más placer en vivir, y ustedes mismos no lo querrán después! Véte á América, que eso es más seguro... ¿Quieres diez mil francos? ¿quieres veinte mil?

— Ven conmigo.

Ana dejó caer los brazos con un desaliento tan profundo, que Carlos, palideciendo de cólera :

— Me detestas, me desprecias, tartamudeó; tú me sufres, pero conozco que si no tuvieras miedo de mí...

— ¿De ti? ¡Oh, no; ya lo verás bien!

— ¡María Ana!

— ¡Vaya, basta; ya esto es demasiado! Tengo prisa en regresar á casa. ¿Quieres partir?

— ¡No, mil veces no! aulló el hombre furioso.

— ¡Entonces, nos vemos por la última vez!

Él la tomó por el talle, la elevó y con los ojos en los de ella y la boca presta á insultar y á morder :

— ¡María Ana, cuidado contigo y cuidado con tu amante!

— Por mí, no tengo temor ninguno; pero á él, ¡si lo tocas siquiera!

— ¿Y bien?

— Te denuncio á la justicia.

Carlos la puso en tierra y la miró con aire sombrío.

— ¡Eres capaz de eso! María Ana, todavía una vez : ¡cuidado contigo! Ya sabes que cuando veo rojo, nada me detiene... ¡Juegas tu vida y la del otro!

Ella le puso el dedo índice bajo la nariz, de modo que la uña de rosa quedó tocando el rudo bigote, y le dijo en tono de reto :

— ¡Trata de moverte siquiera, y ya tendrás que vértelas conmigo!

Después, sacando algunos luses de su bolsa y colocándolos sobre la chimenea, agregó :

— Vaya, aquí está para pagar el almuerzo que tu madre ha ido á encargar. ¡Adiós!

Se dirigió á la puerta y él corrió suplicándole :

— ¡Quédate, al menos, para comerlo!

Ella lo miró de abajo á arriba con una coquetería que lo hizo conmover respondiéndole, con aire jocoso :

— No, amiguito mío, me has puesto de mal humor, y cuando estoy incómoda soy como tú cuando ves rojo : ¡nada me detiene!

Y abrió la puerta.

— ¡María Ana, gritó Carlos, vamos, quédate!

Su única respuesta fué, á la vez que levantaba el ruedo del vestido para salvarlo de la suciedad de los escalones :

— ¡Buenos días! Reflexiona.

Y desapareció en la obscuridad de la escalera.

Carlos lanzó un juramento horroroso, cerró la puerta con violencia hasta romperla, y refunfuñando amenazas pegó la frente en el mismo cristal de la ventana, para seguir, al menos con los ojos, á aquella adorada querida que ligera y rozagante se alejaba.

V

Ana, hasta el día en que halló á Santiago, no había conocido otra preocupación que su interés y su placer. Educada por un padre ateo y socialista como el suyo, durante toda su infancia le escuchó quejarse de la torpeza que había cometido al echarse á cuestras una familia, y se juró no sacrificar su libertad sino á cambio de todas las ventajas que un hombre puede ofrecerle á una mujer. Excepto el resbalón, tan llorado, que la había puesto á discreción de su hermano de leche, en nada más había faltado á su regla de conducta. Institutriz en casa de una familia rica, pretendió hacerse llevar por el hijo mayor; pero los parientes, advertidos, la despidieron al instante. Galanteada por el viejo Descharmais, exigió de él sacrificios que eran para su porvenir el equivalente de un contrato de matrimonio.